

vo, de respirar [así: «Respiro la atmósfera toda» [387]], de entender... El «manantial» no nos da tregua: nos reforma, nos educa en la fruición del cambio y del vértigo (en inmersión, por cierto, en la más escalofriante de las frescuras: «Blancuras en curva» que dan en «una», en «forma»). No nos resistiremos a esa lección; al contrario: la conocíamos ya perfectamente, la recitábamos a otros; por confiar en ella nos proyectamos, no sin peligro, para apretar la duración del frescor y nos impulsamos a las alturas en busca de la aireación continua. No nos arrepentimos de haber cedido al «Impetu de ascensión», pues «Ventura es siempre cima» (83), ni nos avergonzamos de seguir padeciendo aquel «romadizo», que es un arrullo, y aquel dolor de articulaciones, que susurra muy quedo; únicamente nos demoramos aún en la pereza deliciosa, que también posee el protagonista de *Clamor*. ¡Existen la pereza y la delicia entre «Los plumajes del frío!» (221) (Se anhela hacia atrás lo cálido, es decir, lo gélido; pero, como al héroe de *Aire nuestro*, nos impacientan las ficciones, las «frescuras de frondas imposibles» [331], y no nos tientan quince días de vacaciones en las frescuras de la égloga tercera de Garcilaso [cf. *YOP*, 226], aunque satisfagan una «umbría, fresca selva» [*YOP*, 466], un «verde en frescura junto al agua» [438], y un «retiro / Fresquísimo que respiro» [236]). Por «El manantial» se sabe que la realidad premia a la pureza, que la pureza no es mortificante (como en literatura) sino júbilo, que puede llegar a ser, como la vida, «estúpida» (1103), es decir, genial (como una ley física). Así se entiende el entusiasmo del *amateur*, que grita, constatando, «¡Más, más, más! [...] ¡Más, más!» (46), cuando el proceso de transustanciación se acelera. Desde las alturas ventiladas de «Escalas», sin temor de que el mucho frío sea «muerte» (889) o «soledad» (985), hacemos nuestros esos monosílabos preciosos de «El manantial»: ¡más! le decimos al frescor que se va y ¡más! a la «forma» que viene.

EL NIÑO EN LA OBRA DE JORGE GUILLÉN

ANTONIO A. GOMEZ YEBRA

En la hoy dilatada bibliografía sobre Jorge Guillén se pueden hallar estudios acerca de aspectos tan diversos de su obra que algunos críticos han llegado a calificarla como poesía total.

La labor poética artesana de Guillén (1) ha ido abarcando toda la temática del hombre y sus relaciones con el mundo, desde el amor que crea hasta el desorbitado afán de posesión que destruye la Tierra y la sociedad humana.

Al poeta vallisoletano no le pasó desapercibido que las dispares situaciones en que se sintió inmerso a lo largo de su existencia suponían un caudal inagotable de elementos poéticos. Su obra, unificada bajo el título *Aire Nuestro*, es la historia personal de un hombre que ha sabido traducir al lenguaje lírico las alegrías, los sinsabores, las esperanzas, los miedos e incluso los momentos intrascendentes del quehacer cotidiano.

Pese a que Guillén confiesa que le gustaría haber dedicado una buena parte de su obra a los niños, un detenido análisis de *Aire Nuestro* lleva a la conclusión de que los ha tenido muy presentes a lo largo de su producción poética y de que su interés por la etapa infantil y su mundo se ha ido dejando entrever en una serie, inacabada aún, de poemas.

De ahí la oportunidad de iniciar un estudio del texto, a fin de medir no sólo el grado de amor que les profesa, sino también los temas abarcados, el tiempo y modo en que los presenta e incluso la cantidad de poemas que les ha dedicado.

La poesía de Jorge Guillén es poesía total. Los poemas escogidos para el presente estudio, en parte seleccionados por su pro-

[1] Véase mi artículo «La artesanía poética de J. G.», en J. G., *Algunos poemas*, A. Caffarena, Málaga, 1981.

pio autor, pertenecen *strictu sensu* a esa manifestación de la lírica que puede denominarse *poesía sobre los niños* (2).

Que un poeta de la categoría de Jorge Guillén haya dedicado una cincuentena de poemas a hablar de los niños y su entorno a lo largo de toda su obra, durante más de sesenta años, ha de tener un sentido, sentido que intentaremos encontrar leyéndolos uno a uno y en su conjunto.

La poesía *sobre los niños* de Jorge Guillén surge de un concepto básico: el niño es una dualidad perfecta, la que forma la esencia pura, salvaje, animal, de la Naturaleza, con el fuego vivísimo, luz sobrenatural, del espíritu:

Una vida animal
Llameante de espíritu.

(II, «La niña y la muerte», vv. 2 y 3.) (3)

La infancia es para Guillén más un estado que un estadio de la vida, es el período anterior a la caída original, el estado de gracia —en todas las acepciones de la palabra—, común al hombre y a la bestia de los primeros compases del *Génesis*, y por este motivo multiplica los versos en los que coloca al niño en el paraíso

(2) *Poesía sobre los niños* es una manifestación más de la actividad poética en la que sus autores toman como fuente de inspiración el niño o su problemática y va dirigida a los adultos.

(3) La numeración romana corresponde a los volúmenes que forman *Aire Nuestro*: I, *Cántico*; II, *Clamor*; III, *Homenaje*; IV, *Y otros poemas*; V, *Final* (en prensa).

o en relación simbiótica con él. Veamos algunos de ellos por orden de aparición:

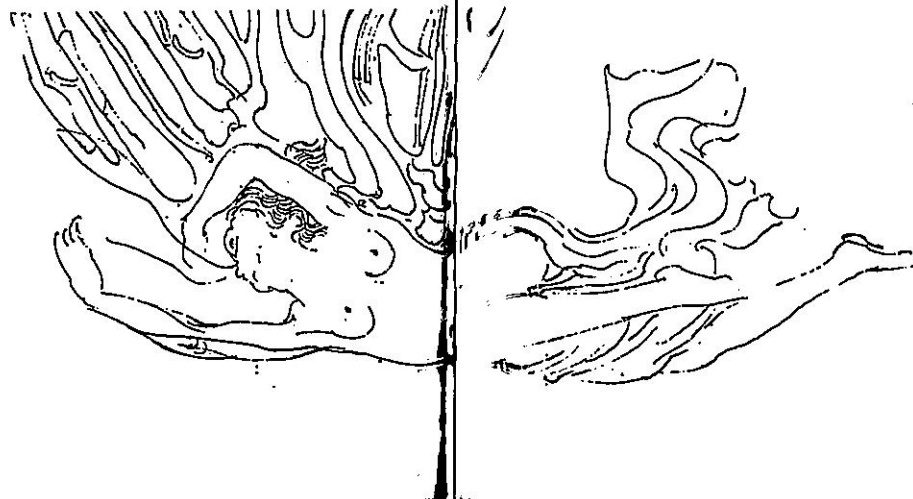
No deja de jugar el feliz insensato
Como suma armonía
La Creación acoge este arrebato
Pueril. (I, «Feliz insensato», vv. 3-6.)

En este caso la Creación entera se pliega a la fantasía de un niño que juega y lo hace complacida, aunque haya de transmutar la esencia de cada elemento; es la situación profetizada por *Isaías* (11,8) al anunciar «el niño que aún mama estará jugando en el agujero de un áspid y el recién destetado meterá la mano en la madriguera del basilisco». Ante un niño que juega, la Naturaleza seducida se convierte en colaboradora y salvaguarda. Todavía no existe el mal, dirá el poeta a continuación, naturaleza y niño son inmortales.

Veamos otro modelo:

No, no vale ese llanto.
La Creación a dar su poesía empieza.
¡Tú creces! Y con tanto
Paraíso en tu estrépito que la naturaleza
Sola es jardín: tu encanto.

(I, «Hija pequeña», vv. 1-5.)



Ahora la Creación, por obra y gracia de la niña se convierte en poeta. La hija pequeña se encuentra, sin duda alguna, en el período que algunos psicólogos han calificado como «la edad de la gracia» (4), fase de los 3 a los 5 años en los que la soltura, la libertad y espontaneidad de sus acciones hacen al niño extraordinariamente armónico, equilibrio éste al que Guillén denomina poesía de la Creación.

Y un nuevo ejemplo:

Arrebátanos en tus ráfagas
De paraíso
Elévanos
A la alegría sin tacha de tu infinito.

(I, «Niñez», vv. 7-10.)

Aprovecha Guillén esta oportunidad para introducir, tras una buena porción de calificativos de la serie «con brillo propio», de los que hablaremos más adelante, un verbo de indudable potencial fónico: arrebatar, con el que suplica al niño consiga nuestro desasimiento de lo material, mediante la oportuna sucesión de imágenes —ráfagas— paradisiacas que nos eleven a la infinitud en que él, el niño, se desenvuelve.

Casi como continuación de lo dicho en «Hija pequeña» aparece esta «Adoración de la criatura» en la que la niña accede al baile como otra Terpsícore que retozara por los vastos campos vírgenes del Olimpo:

(4) P. Osterrieth, *Psicología infantil*, Morata, Madrid, 1977, p. 139.

Y el baile se desaliña:
Isabel, si diosa, niña
Un paraíso está ileso.

(II, «Adoración de la criatura», vv. 15-17.)

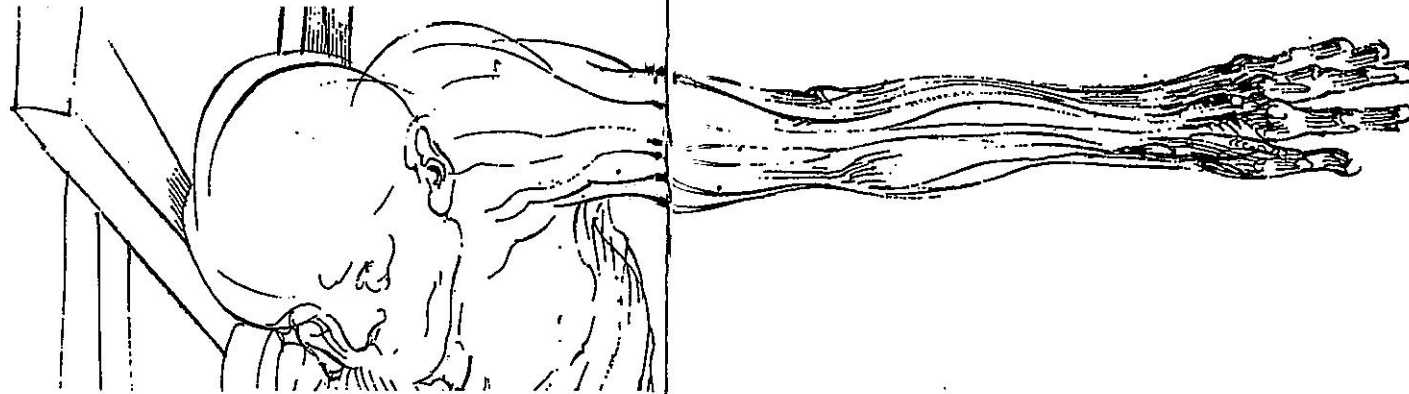
Como síntesis de estas ideas latentes a través de todo *Aire Nuestro* va a aparecer, casi al final de su obra, la definición de la etapa infantil en su poema «Puerilidad», en el que concluye afirmando que, tras el primer tropiezo, sólo nos queda la etapa infantil como Edén consciente y venturosamente aislado de la realidad opaca de las cosas:

Jardín interior a isla
Rodeada por el mar
De la realidad continua. (IV, «Puerilidad», vv. 6-8.)

El niño de Guillén se sitúa en la esfera, común al loco, al animal y al poeta, del conocimiento instintivo de la realidad interna de los seres. Su dominio de lo preternatural lo convierte en vidente, en gozoso irresponsable de la Creación, con la que se compenetra y llega a confundir.

El niño de Guillén, «candor animal, celeste gracia», es quien nos puede elevar de la materialidad cotidiana al «jardín suspenso en el aire» en donde se aposentan los dioses, niños, por supuesto, operadores en las bisagras del tiempo al que no están sometidos:

¡Oh niñez: sobre el tiempo rebotas! (II, «Riego», v. 11.)



Pero el niño de Guillén es, ante todo, Teresa, Claudio, Isabel, Antó, Patrick, Michael... (5), niños determinados, descendientes directos, observables por el poeta día a día en todas sus manifestaciones vitales y, como dice F. del Pino, «hijos, nietos, biznietos, los nombres de la tribu aparecen en sus poemas, son realidad tan real que parece ilusión, atienden a nombres propios de valor irrepetible» (6).

Por su proximidad a estos niños concretos no es de extrañar la aparición de todo tipo de actividades infantiles: juegos, caprichos, llantos, estudios, miedos, fantasía, en diversos momentos de su conjunto poético:

De juegos propios, ajenos,
Salió a pasear la niña. (III, «Una imagen», vv. 6-7.)

Era la vacación
En una isla hermosa. (IV, «Idealista», vv. 1-2.)

Dos niñas, rubias al sol (...)
De pronto corrieron (III, «Las gaviotas innumerables»
vv. 5-7.)

Ay, entre esos lagrimones,
¿Isabel inconsolable? (II, «Clamor inicial», vv. 9-10.)

¿No hay cocos
Esta noche en el cuarto? (II, «Apertura de curso»,
vv. 3-4.)

(5) El último nombre de esta lista, Jorge Guillén, precisamente, hace estremecer al poeta mientras apenas recién nacido, lo contempla en sus brazos (véase *Niñez*, inédito).

(6) F. del Pino, «La vida como fuente o la vida en obra de Jorge Guillén», en *Rivista di Litterature Moderne e Comparate*, vol. XXXIII, pág. 222, sept. 1979.

¡Feliz infancia difícil!

Afanes, estudios, juegos. (II, «Patio de San Gregorio»,
vv. 1-2.)

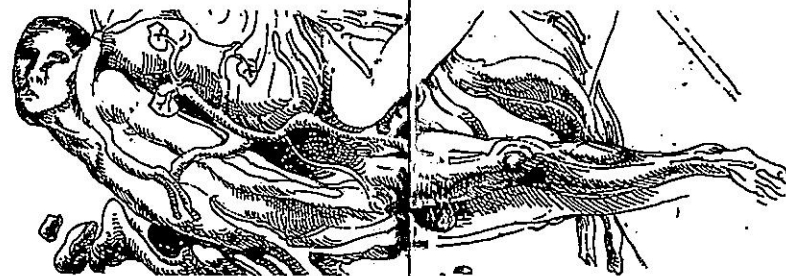
Los poemas cuyo protagonista es niño resultan ser en su mayoría hitos de la vida familiar del poeta: nacimiento de algún hijo o nieto, primeros balbuceos, juegos, etapa escolar e independencia, y en todos ellos, Guillén, un poco más lejos de la infancia en cada ocasión, se hace niño de nuevo, eterno renacer —se ha dicho que la literatura es la infancia recuperada— y como todo niño vuelve a ser gratificado con el don precioso de la ilusión:

Antó ya espera los juguetes
Que Santa Claus le traerá,
Míos también. ¿No son cohetes
Que me alumbran mi Más Allá? (II, «Tréboles», vv. 7-10.)

Además, Guillén gusta evocar su infancia por el placer de reencontrarse con sus padres, con las calles de su Valladolid natal, con sus meriendas a mitad de la tarde, con la venerada figura del maestro y sus primeros contactos con los santos héroes que le infundían devoción; todo aquello que se encuentra en la imprecisa franja fronteriza que separa lo vivido y lo soñado:

Aquel niño revive (...)
Infancia. ¿Viva, muerta? Viva y muerta.
Por eso, conmovido, yo la evoco.

(II, «Aquellas ropas chapadas», vv. 41, 66-67.)



Pero todavía podemos hablar más, mucho más, del niño de Guillén, del niño-sol guilleniano, porque, en efecto, el poeta recoge la tradición neoplatónica sobre la belleza y la luz para aplicarla al niño. En primer lugar, sus niños, físicamente, son rubios:

Dos niñas, rubias al sol. (III, «Las gaviotas innumerables», v. 5.)

Rizos y rizos rubios el cabello. (II, «Doliente», v. 3.)

¡Oh vínculos
Rubios! (I, «Playa», vv. 18-19.)

La luz aquí se dora sin cautela:
Tarde a sus amarillos entregada. (I, «El infante», vv. 36-37.)

Sólo aparecerá, como error, como excepción que confirma lo que vengo afirmando, un niño negro a quien el poeta contempla con angustia:

¡Cómo a la luz resaltaba,
Condenado de nacimiento
Que aún no ve sombras ni muros,
El niño todo error, tan negro!
(II, «El niño negro», vv. 5-9.)

Los demás, en consonancia con el cielo que iluminan, aparte de ser piel blanca rosácea, tienen los ojos azules:

Ojos. Azul. Sus destellos. (I, «Niño con atención», v. 1.)
Y es tan azul la mirada. (II, «Más Creación», v. 15.)

Los mismos niños, o sus ojos, son manantiales de luz vivísima, verdaderos soles cuyos rayos hacen más llevadera la fría soledad del hombre:

Todo su ser irradia luz de vida.
(II, «La niña y la muerte», v. 1.)

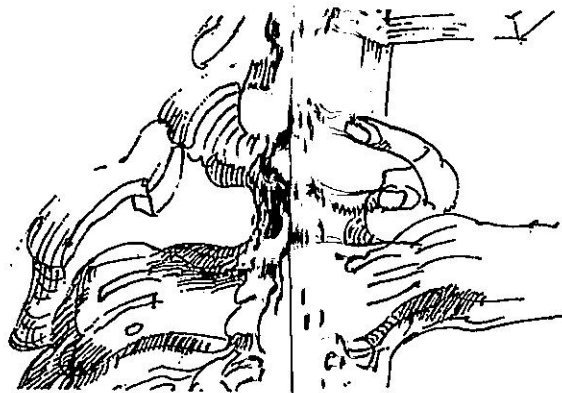
O utiliza el recurso de la comparación con objetos preciados por su brillo:

Destello de joya en bullicio
Diamante impaciente que canta. (I, «Niñez», vv. 2-3.)

La sonrisa puede convertirse también en el haz de luz que ilumine la carne:

Luz de carne, sonrisa corporal. (I, «El infante», v. 69.)

Para mayor igualdad, sol y niño, niño y sol, gozan de perfecta comunión, intercambiándose mutuamente sus propios atributos, y así las manos del niño pueden alumbrar, al tiempo que los soles convierten sus rayos en manos poseedoras de la capacidad de dar. Niño y luz son englobados en un mismo y magnífico calificativo prodigioso:



Mano de niño hacia el sol.
Alumbren así, dominen. (I, «El más claro», vv. 3-4.)

Llévanos tú bajo los soles
Que te descubren y dan sus dominios.
(I, «Niñez», vv. 5 y 6.)

Prodigiosa: la luz y esa niñez. (I, «Playa», v. 33.)

Pero los niños han sido para el poeta no sólo motivo de inspiración, sino auténtico elixir de rejuvenecimiento. Los niños lo van liberando de la incómoda carga de los años, retardando el instante final y convirtiéndose en prolongaciones de su propia existencia más allá de la carne:

Me arroja desde mis límites
Hacia un futuro infinito
Mis criaturas me salven:
Morir no es todo mi sino. (II, «Modo paterno», vv. 9-12.)

Y será niño también, humilde, desvalido, el Dios que Guillén da la impresión de aceptar, como parece colegirse de sus poemas «Navidad», «Epifanía» y «Belén»:

¡Tú nos salvas,
Criatura
Soberana! (I, «Navidad», vv. 10-12.)

A pesar de todo, este niño tan real, tan natural, este niño que juega y que teme, que ríe y que llora, indefenso y autosuficiente, se convierte, por poseer toda esta gama de características inherentes al psiquismo infantil, en un niño ideal, un niño casi de lujo, étnicamente nórdico y, desde luego, desconocedor del hambre, el frío y, en general, cualquier tipo de necesidad; pero ¿no es en verdad deseable que nuestros niños sean así? Para relatar las fatigas del ser humano en sus primeros contactos con el mundo nos sobra con los artículos de fondo de cierto tipo de prensa macabra y sensacionalista. ¿Por qué involucrar a la poesía?

Dejemos y sigamos esperando que Guillén continúe siendo «fiel al sol y al lenguaje de su niñez, y al aire —paterno aire nuestro— espíritu común de la Humanidad» (7); con ello contribuirá, ¡qué duda cabe!, a la consecución de un mundo más humano en donde se recobre el infantil sentido de la amistad, el perdón y la alegría.

(7) F. del Pino, *op. cit.*, pág. 224.